

EL CABALLERO, LA MUERTE Y EL DIABLO

Emiliano González / Escuela Nacional Preparatoria

I

—Ahrrgh— bufó el caballo, entornando los ojos y mirando un fragmento de la lanza del caballero que lo montaba.

—Callad. Pronto llegaremos. Mi perro fiel nos guía— acertó el caballero, limpiándose el sudor que le corría por la cara, con un pañuelo. Luego, bajó la visera con violencia al oír un ruido . . .

—¿Qué será? —dijo— y subió la visera.

—Ahrrgh— volvió a bufar el caballo, con inquietud.

—Vuelvo a oír el ruido— dijo el caballero, ahora algo nervioso. A sus espaldas, una voz dijo entre la espesura:

—¡Hey! . . . ¡Deteneos! . . .

El caballero se detuvo, volviendo la cabeza. Un hombre a caballo lo seguía. Este sujeto era extraño, con su cara de muerto, su casco de serpientes y su lengua barba blanca. En la mano derecha empuñaba un reloj de arena.

—Si contestas, quizás te salves.

—Decid de qué se trata, forastero charlatán.

—No blasfemes y contesta a mi pregunta: si volteo este reloj de arena, ¿cuánto tiempo crees que tarden en caer todos los granos?

El caballero miró al sujeto y al reloj, extrañado por las circunstancias y la pregunta, calculó y contestó:

—Unos cinco minutos . . . si no me equivoco.

El forastero, con una risotada, gritó con voz resonante:

—¡Cinco minutos te quedan de vida, maldito!

Luego, azuzó el caballo y dobló corriendo por un camino lateral. No se fijó cuando el reloj de arena cayó al piso y se rompió en mil pedazos, regando con arena blanca buena parte del camino. El caballero, consternado, comprendió. Hizo caminar al caballo, para ver el lugar hacia donde se dirigía el sujeto del reloj. Lo vio: corría a toda velocidad entre los árboles. De pronto, un rayo (a pleno sol) cayó sobre forastero y caballo, haciéndose trizas los dos.

HA MUERTO LA MUERTE

(Ya lo dijo Abdul Alhazred: hasta la muerte puede morir)

II

El caballero sonrió y bajó del caballo. Un poco más atrás, la arena regada del

reloj se trasmataba en colores relucientes. Los rayos del sol, entre las ramas grises y verdes de los árboles, hacían brillar la arena de este modo. El perro del caballero (esta vez llamado Fido) husmeaba y resoplaba entre los granos de arena.

—Deja . . . deja de husmear. Es el destino. ¿Soy yo acaso el elegido? ¿Seré realmente desde ahora inmortal? Las circunstancias y los sucesos ocurridos parecen ser un augurio: Ha muerto ese extraño forastero, al que yo podría denominar como la muerte, después de haberse roto en mil pedazos el reloj que me predecía el destino. ¡Dios me ha elegido!

Diciendo esto, el caballero pisoteó con desdén la relumbrante arena y los trozos de vidrio. Sintióse como Sigfrido acabado de bañar en la sangre del dragón (claro que sin hoja de tilo), siguió su camino, encomendándose a Urganda la desconocida. El perro (esta vez llamado solamente Perro) lo seguía, fiel. El caballo resoplaba, caminando con orgullo. El viento mecía las copas de los árboles frondosos: pinos, abedules, abetos, sauces y demás. El bosque era espeso y en algunas partes oscuro y sombrío. Había un olor a humedad y a musgo. A veces apestaba a lodo. Entonces, el caballo chapoteaba en lugares pantanosos, embarrándose los cascos de barro. El caballero se imaginaba las grandes acciones que efectuaría gracias a su inmortalidad, trazando planes prematuros. Cansado de caminar (más lo estaba el caballo), encontró un claro de bosque perfecto para descansar. Se apeó rápidamente y amarró el caballo a un árbol. El perro clamaba por comida. El caballero sacó de su alforja varios alimentos, hizo una fogata y bebió de su bota. Después de ofrecer al perro y al caballo unos trozos de carne y una buena ración de agua, se dispuso a dormir sobre un montón de heno. Seguía pensando en los ratos espléndidos que pasaría en el futuro, siendo el único ser humano realmente inmortal, que por un raro azar había presenciado la ruptura del indispensable reloj del destino, seguida por la muerte de la muerte. Los sucesos eran significativos y, dadas las circunstancias, se deducía por puro sentido común que había sido elegido por el señor para alguna misión sagrada: la búsqueda del Santo Grial, del vellocino de oro o algo por el estilo. Pero de lo que podía estar seguro era de que iba a ser inmortal . . .

III

Estaba sumido en estos pensamientos, cuando un ruido de pasos sobre ramas llamó su atención. Pronto vio que el autor del sonido era un sujeto que el

caballero consideró a la primera ojeada como un macho cabrío mezclado con humano: un ser híbrido. Pero no; se trataba solamente de un tipo disfrazado, como los fantasmas oxidados de Ann Radcliffe.

—¿Quién sois? — dijo el caballero, aún adormilado, pero siempre presto a partir en dos a cualquier bellaco.

—Mi nombre no importa— dijo el diablo. Sólo pido un poco de comida y agua. Vengo de países lejanos y estoy cansado.

El caballero, con mirada desconfiada y ceño fruncido, ofreció carne y agua al nuevo huésped. Luego, se volvió a recostar, mirando de reojo al diablo, que comía y bebía.

—Al acabar de comer— dijo el diablo —proseguiré con un trabajo manual que aún no he terminado.

—¿De qué se trata? — preguntó, somnoliento, el caballero.

—Oh . . . nada de importancia. Simple rutina.

El caballero siguió mirando desconfiado al diablo, que comía detrás de la gran máscara de macho cabrío. Cuando el diablo acabó, el caballero observó un rato su trabajo manual, que consistía en componer o arreglar algún objeto cuya naturaleza le era desconocida. Luego, poco a poco, el caballero cayó en un sueño profundo. Se despertó con una risotada que lo hizo aferrarse al mango de la espada. Por lo visto, el diablo había terminado de componer su aparato: ¡un reloj de arena! . . . El caballero se estremeció.

—¿Dónde consiguió eso? — dijo el caballero, casi gritando . . .

—¿Dónde? . . .

— . . . Oh, lo encontré en el camino. Creí no poder componerlo: la arena estaba regada y el vidrio completamente roto. Pero he logrado reunir toda la arena; la goma con que pegué los vidrios es resistente. Parece casi nuevo. ¿No le gusta?

El caballero empezó a sudar. Todos sus planes se le venían abajo, como libros de una estantería repleta. Además, empezó a sentirse ligeramente débil y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Temblaba como loco. Nunca había estado tan asustado. El diablo sostenía su juguete, admirándolo con avidez. La muerte, montada en su flaco caballo, apareció entre dos arbustos.

—Se acabó el veinte— dijo con ingenio. Pero el caballero sólo la oyó, porque cuando volteaba la cabeza, un rayo ardiente lo hizo polvo.

IV

El perro, inquieto, husmeaba entre los polvos de su amo. La muerte y el diablo se dieron la mano y dijeron a coro:

— ¡Cinco minutos exactos!